

Laudate

BOLETÍN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CRISTIANDAD-ESPAÑA



ABRIL

Nº 43



«Con los ojos del alma». El paso de la caída de Francisco Salzillo

D. Francisco José Alegría Ruiz, Pbro.,
Canónico de la Catedral de Murcia.

¿Es la fe razonable? Parte I: De lo que es razonable

D. Víctor Asensi Ortega,
Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados.

Crónica de un retiro en San Calixto

D. Miguel Armenteros Puchades,
Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados.

Síguenos en nuestras redes sociales



Queridos peregrinos:

Quiero comenzar deseándoos un santo Triduo Pascual y una muy feliz Pascua Florida.

Recibimos estos días noticias de la Peregrinación a Chartres (Notre-Dame de Chrétienté), que abrió el pasado Domingo de Ramos las inscripciones para su próxima edición y llevan un ritmo imparable, superando con creces el récord del año pasado. ¡La devoción por la misa tradicional es imparable!

Además, se ha anunciado también estos días la primera Peregrinación Our Lady of Christendom en el Reino Unido y que este año, por ser su primera edición, se realizará en un solo día, el 28 de junio. Recorrerá los kilómetros que separan la Abadía de Tewkesbury de la Abadía de Evesham.

Por nuestra parte, este próximo Domingo de Pascua se publicará el cartel anunciador de la V Peregrinación a Covadonga de Nuestra Señora de la Cristiandad - España y se abrirá el plazo de inscripción de voluntarios. ¡Anímate a peregrinar de manera diferente!

Recibid un cordial saludo en Cristo.

Diana Catalán Vitas
Presidente de NSC-E



«CON LOS OJOS DEL ALMA». EL PASO DE LA CAÍDA DE FRANCISCO SALZILLO

D. Francisco José Alegría Ruiz, Pbro. Canónigo de la Catedral de Murcia



El arte de la Reforma Católica, en su extraordinaria diversidad, es una constante búsqueda de Dios. Muchos autores han señalado las innumerables obras de arte de los siglos barrocos, sobre todo, en la pintura italiana y española, que muestran la importancia de la visión. Émile Malé se sorprendía de cómo se encuentran sin cesar en las iglesias de Roma continuas imágenes de santos que vuelven sus ojos al cielo en éxtasis o absortos en una visión celeste. Por su parte, Víctor Stoichita daba el título de *El ojo místico* a la traducción española de una magistral obra sobre la visión en la pintura del siglo de oro español.

Pintores como Guido Reni, Zurbarán o Ribera consiguieron con sus lienzos hacer que el espectador elevara, a la par que los santos pintados, su mirada al cielo en búsqueda de Dios, o que se asomase al mundo espiritual que animaba aquellas figuras y cuyos ojos puestos

en lo alto, hablaban de un alma movida por el amor de Dios y el deseo de verle. La vida mística de los grandes santos y su trepidante deseo de visión se había prendido como el fuego en una mecha e incendiado el ambiente espiritual de una Europa que llenaba los conventos de hombres y mujeres deseosos no solo de asegurar la salvación de sus almas, sino de ver a Dios aunque a través del velo de la fe, adelantando, como si se pudiera, la visión beatífica reservada para la eternidad. No poca parte de las bibliotecas de monasterios y conventos estaba dedicada a la literatura mística. La oración, los pasos de la vida espiritual para el encuentro con Dios o la ascensión del alma a las realidades celestes, eran temas que alimentaban espiritualmente a frailes y monjas, y fuente de inspiración para predicadores que en sermones y pláticas mantenían la tensión espiritual de una sociedad profundamente religiosa. Los genios del barroco supieron hacer de la litera-

tura mística pintura mística. El pincel, el óleo y el lienzo emularon a la pluma, la tinta y el papel, y las paredes de iglesias y monasterios se llenaron, como las barrocas bibliotecas, de preciosos tratados sobre vida mística, pero capaces de ser leídos por los indoctos y con la fuerza intuitiva, gratuidad y deleite que la belleza le presta al arte.

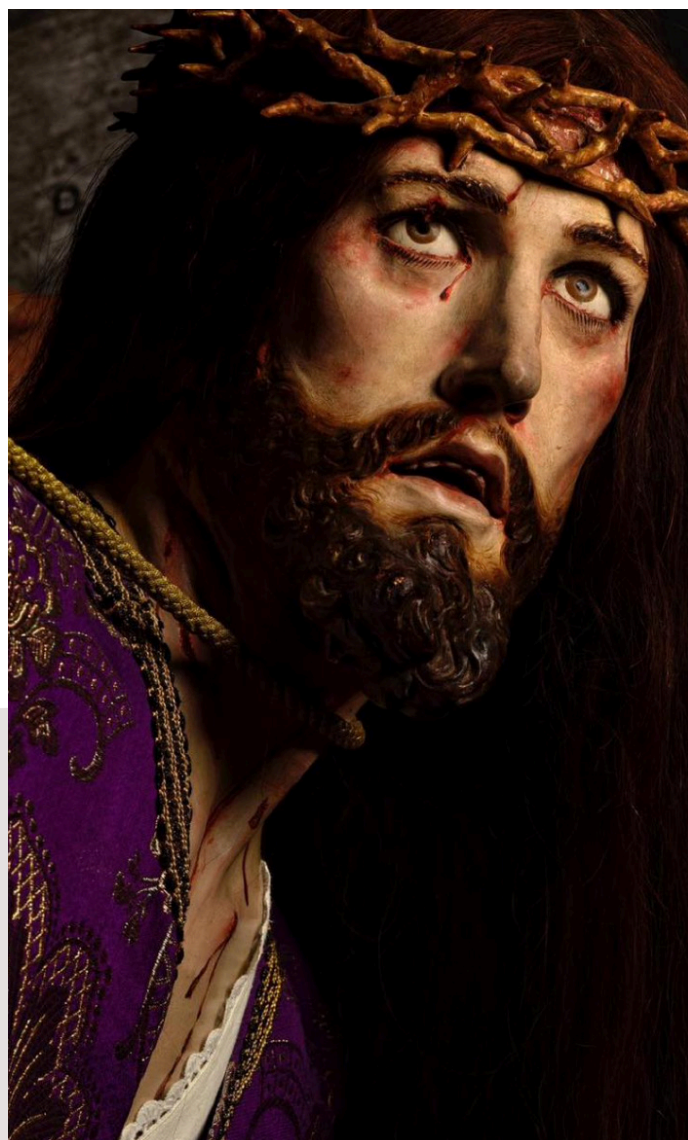
Quizá, por aquello de que el ojo es el espejo del alma, comprendieron los artistas que si querían hacer visible una realidad tan invisible como es el espíritu, que no podían pintar, tenían que echar el resto en los ojos de sus figuras. El ojo, y el afecto que envuelve al ojo, que es la mirada, se convierten en clave de la pintura mística barroca. Todos los sentimientos y vida interior afloraban por los ojos de las imágenes, y los artistas pintaron en su mirada la búsqueda de Dios y el deseo de verle.

El genial escultor Francisco Salzillo buscó a Dios con su arte, y numerosas obras salidas de su gubia nos hablan de la riqueza espiritual de los personajes que encarnan. La mañana del Viernes Santo de Murcia nos permite ser espectadores de varias de las miradas más logradas de la imaginería barroca española. Pero si una mirada concentra todo un torrente de espiritualidad, es la de la imagen de Cristo en el paso de la Caída. En 1752 el imaginario murciano recibía el encargo de este nuevo conjunto para la Cofradía de Jesús. A lo largo de las décadas siguientes, realizó un total de ocho pasos que acompañan la milagrosa y antigua imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno, sagrado protector de Murcia.

En el paso de la Caída, toda la composición de la escena es una tensión de fuerzas radiales que tienen en Cristo su centro. Uno de los sayones tira hacia la izquierda de las sogas que amarran el cuello del Salvador, el otro tira de su pelo hacia la derecha, el Cireneo tira de la cruz para mantenerla en peso, todo el cuerpo de Jesús tira de Él hacia el suelo donde clava su mano izquierda, y, sin embargo, su mirada se eleva como una saeta hacia el cielo, como contrapunto inmaterial del alma del Redentor en medio de una escena donde toda la materia se convierte en fuerza contra Él. Salzillo ha esculpido el alma de Cristo. La hondura espiritual de este rostro del Señor tiene pocas obras semejantes, y su mirada se alza en busca de Dios Padre como ojo místico, capaz de buscar en medio de aquel sinsentido de la

historia la razón que da sentido a todo: el amor de un Dios que por nuestro amor no dudó en entregar a su Hijo. Ni siquiera la espina de la corona que atraviesa su ceja consigue desviar la mirada de Cristo; al contrario, aumenta el valor de esta, y confirma la intención inamovible de alzar sus ojos al cielo, para mirar a donde nadie miraba, para buscar la razón más escondida donde nadie la buscaba. Salzillo, con la mirada de Cristo, señala al cielo, da sentido teológico y espiritual a aquel sufrimiento, da sentido místico a su dolor. Busca más allá de las sogas, los sayones, la maza, la cruz, la corona de espinas y el suelo, y nos dirige a la verdadera razón de todo. Los ojos de Cristo son el espejo de su alma, de profundidad infinita, y son una invitación a mirar al cielo, realidad firme, en medio de una escena de inestabilidad, tropiezo y caída.

Con los ojos del alma, decía santa Teresa, veía a Dios. Con esos ojos quiso Salzillo enseñarnos a mirar al cielo.



¿ES LA FE RAZONABLE?

PARTE I: DE LO QUE ES RAZONABLE

D. Víctor Asensi Ortega, Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados



La victoria de la Verdad sobre la Herejía, Pedro Pablo Rubens, 1625 ca., Óleo sobre tabla. Extraída de la colección digital del Museo del Prado.

El hombre moderno no se inmuta ante esta pregunta. Y usted y yo, nos guste o no, tenemos parte de hombre moderno. Toda cultura está sustentada en una serie de dogmas, premisas, costumbres... que, por suerte o por desgracia, heredamos. En bruto, esto no es ni bueno ni malo, es inevitable. Toda persona nace miembro de una cultura que en gran medida interioriza. Después corresponde a cada uno examinar y juzgar esa *forma mentis* heredada. Pero, aún con todo, somos y seremos hijos de nuestra época. Por eso mismo, de todas las posibles formas de abordar este artículo, vamos a partir del hombre moderno.

Por razonable entendemos lo acorde a la razón, pero, como veremos a lo largo de este artículo, para el hombre moderno la razón ha sido

relegada hasta tal punto que no significa nada. Para continuar, al menos de momento, debemos traducir la pregunta: ¿Es la fe acorde a la verdad?

Así pues, si consideramos que lo verdadero es lo que se corresponde con la realidad, la primera pregunta sería cómo conocemos objetivamente la realidad. Y la opinión popular solo reconoce una autoridad infalible a ese respecto: «La ciencia». Las comillas se hacen necesarias porque «la ciencia», usada en este contexto, es un término amplísimo e indeterminado que abarca desde opiniones de profesionales sobre campos que les son ajenos hasta identidades matemáticas. No obstante, dejando esta indeterminación a un lado, se refieren a las ciencias naturales (reales o simuladas). En otras pala-

bras: la única posibilidad de verdad objetiva reside en la materia y en su estudio.

Siendo honestos, es coherente con su marco. Para el moderno, prácticamente todo lo que ocurre en el mundo es material o tiene una base identificable en la materia. En última instancia, el moderno traduce «razonable» por «científico». Si le preguntamos «¿Es la fe acorde a la ciencia?». Entonces, sí reacciona. Pero ya hemos tratado cómo el cientifismo estrecha y mutila la razón, especialmente en el artículo *¿Cómo sabemos que hay Dios?* En esta ocasión, vamos a intentar adentrarnos en el marco en el que se inscribe.

Incluso para descubrir qué es justo y bueno se intenta aplicar alguna ciencia natural, si bien muchas veces se muestra insuficiente y se recurre a otro modo de «formar» (que no descubrir) verdades: el consenso democrático. Aunque (todavía) no se consideran verdades del mismo calibre, estas dos herramientas intentan cubrir la totalidad del espectro práctico humano. Y si la situación se vuelve crítica, la moral utilitarista y la nocicepción acuden al rescate.

Bajo estas reglas, no solo la fe, sino cualquier otra forma de conocer verdades sobre la realidad —como la filosofía y la metafísica— resultan aparentemente irrelevantes. La filosofía se estudia como historia; la fe, como un conjunto de creencias personales. La vida humana se rige por otra serie de «verdades más prácticas» que convierten fe y filosofía en algo prescindible. El estado raquíptico del hombre actual, empujado a la mediocridad más asfixiante, no facilita salirse de este marco, más bien lo contrario.

El fundamento de cualquier marco filosófico es la realidad. Entendemos que algo es verdadero cuando se corresponde con la realidad. Por tanto, cualquier sistema debe dar respuesta a qué es real. Negarse a hacer metafísica simplemente supone asumir la de otro. La metafísica es la primera de las ciencias porque responde a la experiencia más primaria del sujeto: yo soy y el mundo es. Podríamos decir que la forma de responder a esta frase da lugar a todas las metafísicas posibles.

Cuando en este contexto decimos «ser», se refiere al acto fundamental de ser real, de estar en la realidad. Los antiguos consideraban estas dos verdades como autoevidentes. Se consideraba que no era necesario demostrar ninguna de las dos. Es evidente que yo soy, y también es evidente que el mundo a mi alrededor es. Estoy posado sobre un suelo, respirando un aire... Sobre estas dos verdades evidentes se desarrolló lo que más tarde se ha conocido como la metafísica realista. Esta fue también, con sus más y sus menos, la metafísica de la escolástica.

Para saber que yo soy y el mundo es se requiere un diálogo entre estos dos entes. Y la realidad, en su típica dualidad, nos ofrece dos maneras de acceder a ella: la razón y los sentidos. Todo conocimiento humano comienza en los sentidos. Así lo defendió Aristóteles, la Escolástica y santo Tomás: *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*. Los sentidos no son enemigos de la razón, sino su raíz. Y la razón, a su vez, no repite pasivamente lo que los sentidos le ofrecen, sino que discierne, compara, abstracta. Sentidos y razón colaboran, no compiten.

Negar la integración de razón y sentidos constituye la primera ruptura de la metafísica. René Descartes, en su famoso *Discurso del método*, defiende que los sentidos son menos fiables que la razón pura. En el binomio sujeto y mundo, el yo se percibe con la razón, mientras que el mundo se percibe con los sentidos. Por tanto, el ser del yo (del sujeto) constituye una base metafísica más sólida sobre la que construir la filosofía que el ser del mundo. Él mismo resume esto como su verdad fundamental en su famoso adagio: *Je pense donc je suis*, 'pienso luego soy'¹. Yo soy, ya veremos luego si el mundo es.

No sería justo señalar a Descartes como el único culpable de esta ruptura. A lo largo de la filosofía, siempre ha habido defensores de la primacía de la razón o de los sentidos sobre uno o el otro, incluso hay quien acusa ya a Platón. Además, este debate normalmente acarrea enfrentamientos similares entre ideas y experiencia, alma y cuerpo, mecanicismo y teleología, determinismo y libre albedrío... Sin embargo, a partir de Descartes, el mundo deja de ser

¹ El discurso del método, parte IV, (1637). En castellano suele traducirse como «pienso luego existo», aunque la frase literal que usa Descartes es la citada en francés, en la que dice «soy». Probablemente esto se debe a la equivalencia que algunas escuelas hacen entre ser y existir. Esta traducción no busca avivar ese debate, sino ser fiel al original.

para ser «a priori». El mundo debe demostrar su existencia. Desde esta primera herida, la metafísica se ha fragmentado cada vez más.

Y la reacción contraria no tardó en llegar. El empirismo propuso la primacía absoluta de los sentidos y de la experiencia sobre la razón. Algunos negaron la capacidad de la razón para producir conocimiento hasta extremos tales como negar la causalidad. Esta ruptura radical entre la razón y el sujeto y el mundo supone el desistimiento de la ciencia, pues haya o no una razón universal (*logos*), no la podemos conocer válidamente por la razón. En otras palabras: yo no sé qué soy, pero sé que el mundo es.

El idealismo trascendental trata de cerrar la herida plurisecular entre sentidos y razón. «Pensamientos sin contenido son vanos, intuiciones sin conceptos son ciegas». Kant admitía que el conocimiento empieza con los sentidos, pero solo es posible si la razón los estructura. Así, no conocemos las cosas tal como son, sino solo los fenómenos —el mundo filtrado por nuestras propias categorías—. Para salvar la razón, acaba sacrificando el mundo real. Lo sensible queda subordinado a lo inteligible, y lo real a lo pensado. Yo soy, pero no sé qué es el mundo.

Hasta ahora, aunque no lo parezca, no hemos roto del todo el binomio sujeto-mundo. Al limitarnos a las formas en las que el sujeto experimenta el mundo (razón y sentidos) hemos desconfiado del mundo o del sujeto, pero no hemos negado ninguno. Para culminar la ruptura total entre el yo y el mundo tendríamos que acudir al idealismo absoluto y al materialismo.

El idealismo absoluto que enarbola Hegel negará el ser al mundo. El yo se absolutiza y lo real es su manifestación. Todo es conciencia. En sus propias palabras: «La razón es la certeza que la conciencia tiene de ser toda realidad; así enuncia el idealismo el concepto de razón». Yo soy, el mundo no es. Por otro lado, encontramos el materialismo, lo que Marx llamó «la inversión del sistema Hegeliano». El yo no tiene ser, la conciencia es una ilusión biológica y la razón es una ilusión evolutiva. Esta vez, para salvar la ciencia, sacrificamos al sujeto. Yo no soy, el mundo es.

De esta forma, llegamos a nuestros días, al hombre raquítico que, tras semejante ruptura de la realidad, no puede creer ya en nada. De-

rrotado y apaleado, se limita a creer que es un cúmulo de errores, una broma cruel de un universo azaroso, cuyo mandato biológico de vivir (quizá derivado del inapelable dictamen de un gen) lo empuja a buscar continuamente sustento material. Algunos nos dicen que hay que afrontar este panorama desgarrador con optimismo. Otros piensan que esa es la tarea de la fe. En un fastidioso esfuerzo por mantenernos con ánimo de vivir, la evolución nos hizo crédulos y adictos al misticismo para que soportáramos mejor el sinsentido; por eso, el hombre siempre ha tenido religión.

Pero que no cunda el pánico. El hombre jamás abandonará la búsqueda del ser. El idealismo trascendental, el materialismo e incluso el cientifismo son retornos en falso a los sentidos y al mundo. Lo que buscan es reconciliarse con que el hombre es y el mundo es. Pero la vieja herida de la ruptura entre el sujeto y el mundo aún persiste. Al hombre moderno le da un miedo atroz aceptar que el mundo es de la misma manera que el sujeto es. No porque sea falso, sino porque no encaja en su forma de razón. Simplemente, *no parece razonable*.

En su libro *El mundo y sus demonios*, Carl Sagan describió la analogía del dragón en el garaje. En ella explica muy didácticamente que las afirmaciones que no se pueden falsear no son objeto del método científico. Sagan nos habla del dragón que tiene en su garaje. Cuando vayamos a su garaje a verlo y no podamos, nos dirá que el dragón es invisible. Si le preguntamos por el calor, nos dirá que su fuego es ignífugo. No podemos pintar el dragón, porque la pintura no se adhiere. Las pisadas no se perciben, porque el dragón flota. Por supuesto, no hace ningún ruido... Pero Sagan insistirá en que el dragón está ahí. Y argumenta que la ciencia no puede falsear esa afirmación, por lo que lo más *razonable* es no creérsela. La conclusión es acertada aunque el razonamiento es erróneo. No hay una relación directa entre lo que la ciencia no puede demostrar y lo que no es razonable creer. Como siempre, podemos aplicar la forma más rápida de destapar a un cientifista: la ciencia no puede demostrar esa afirmación.

Aun así, obviándolo por un momento, aceptémosla para ver dónde nos lleva: como lo razonable es rechazar todo lo que la ciencia no demuestra, y la ciencia no puede demostrar el libre arbitrio, entonces, lo razonable es pensar

que no somos libres. Es decir, aparentemente, es más razonable negar un constituyente básico de toda la conducta humana, algo que necesitamos asumir como verdadero para actuar y vivir, que aceptar que eso mismo es real.

¿Tiene algún sentido esto? Efectivamente, sería una locura pensar que en el garaje hay un dragón invisible, flotante, inoloro e ignífugo, inequívocamente capaz de esquivarte mientras andas por el garaje, de forma que «puedes vivir como si el dragón no estuviera, pero realmente está». Pues bien, los que nos dicen que tenemos que vivir, prometer, aconsejar, amar, como si fuéramos libres pero que en realidad no lo somos, nos dicen que eso es más razonable que pensar que sí somos libres, «porque la ciencia no puede demostrar que lo seamos». Identificar exclusivamente lo científico con lo razonable no tiene sentido.

Para entender si la fe es razonable debemos entender qué es razonable. Y, de la misma manera que un buen paso previo para ser un buen cristiano es ser buena persona, para restaurar la fe hay que restaurar la metafísica. Es extremadamente difícil que alguien que no vea razonable aceptar que yo soy y el mundo es, vea la fe católica razonable. Un buen amigo antropólogo me dijo que él invita a todos los

que niegan que el mundo sea a correr rápidamente contra la pared. Puede parecer absurdo de primeras, pero encierra una gran verdad: si jamás en la vida consideraríamos razonable hacerlo (por mucho que pensáramos —¡incluso supiéramos!— que existe una posibilidad de atravesarla²), ¿por qué íbamos a considerar razonable pensarlo? No digamos basar una filosofía en eso.

Pero entender esto en la discusión filosófica académica es lo de menos. Lo importante, lo crucial, es verlo en nuestra vida. Tal y como decíamos al principio, usted y yo somos hijos de esta *forma mentis*. Y esto nos puede jugar una mala pasada en cómo decidimos vivir nuestra vida y nuestra fe. Aunque conozcamos los argumentos de este artículo, de repente un día nos parece totalmente razonable querer que la realidad y la ley de Dios se plieguen a nuestro gusto. Estas reflexiones deben servir para llevarlo a este contexto, no para jactarse de una magnífica metafísica.

Yo soy y el mundo es. No, no es demostrable, pero a la vista está que es el punto de partida más razonable. Aclarada esta base metafísica y la epistemología que se deriva de ella, ya estamos mejor preparados para hablar de fe y razón. Y eso, Dios mediante, lo veremos en el siguiente número.

² Un buen ejemplo de que igual que algo no científico puede ser razonable, algo científico puede no ser razonable. Según la mecánica cuántica, no es imposible atravesar una pared corriendo. Hay una probabilidad teórica real —aunque infinitamente pequeña— de que eso ocurra por efecto túnel, el mismo fenómeno que permite a ciertas partículas subatómicas cruzar barreras de potencial que, clásicamente, serían infranqueables.

Ahora bien, cuando aplicamos ese mismo cálculo a un ser humano de 70 kg intentando atravesar una pared de 10 cm, la probabilidad es del orden de:

$$P \sim e^{-2\gamma} \approx 10^{-18}$$

Esto es uno partido por un uno seguido de un quitillón de ceros (escala corta). Una cifra tan absurdamente pequeña que necesitarías repetir el intento varias trillones de veces más de las que átomos hay en el universo multiplicado por segundos desde el Big Bang para que ocurriera una vez. ¿Imposible? No. ¿Razonable? Si lo piensas, posiblemente tengas la cabeza tan dura que igual te sale.

CRÓNICA DE UN RETIRO EN SAN CALIXTO

D. Miguel Armenteros Puchades, Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados

El pasado 28 de marzo tuvimos la gracia de poder asistir al retiro de Cuaresma de Nuestra Señora de la Cristiandad. Fueron tres días, de viernes a domingo. Solo tres, pero bastaron para abrir un provechoso paréntesis en nuestras obligaciones cotidianas.

El retiro tuvo lugar en San Calixto, un rincón de Córdoba que parece escondido a propósito para los que necesitamos silencio. Allí, en mitad de la nada, entre una selva de alcornoques y un cielo límpido y repleto de estrellas, se alza el antiguo monasterio de El Tardón. Un lugar que huele a tierra y a oración, apartado del ruido, lleno de la presencia de Dios. Tal es la opinión de las propias hijas de Santa Teresa que allí viven, que explican cómo ese lugar «tiene algo de santo».

Fuimos cinco valencianos con poco equipaje para caber en el coche y el alma con ganas de expandirse. Llegamos cansados pero muy contentos, durante el viaje charlábamos animadamente sobre las ganas que teníamos de aprovechar este tiempo de calma y oración, de cómo estábamos aprovechando esta Cuaresma, de los planes y las ideas que teníamos para servir al Señor...

Toda esta agitación se estrelló felizmente contra el silencio y la quietud de este *milagro cordobés*. Así como Nuestra Señora es la playa de los pecadores, este lugar recogido quiso ser, este fin de semana, playa de los inquietos, de los agobiados y de los distraídos por el ruido del mundo. El Señor, como siempre tan caballero, en seguida se dejó encontrar.

No eran unos ejercicios ignacianos, sino más bien un retirarse de lo mundano, hacer silencio interior y exterior, para que el diálogo con el Señor fuera el centro. Y, además, todo aderezado con la sacralidad de la Santa Misa. Las meditaciones ocupaban el lugar de facilitar que el alma se ensanchara, que nuestra única preocupación fuera amar mucho al Señor.

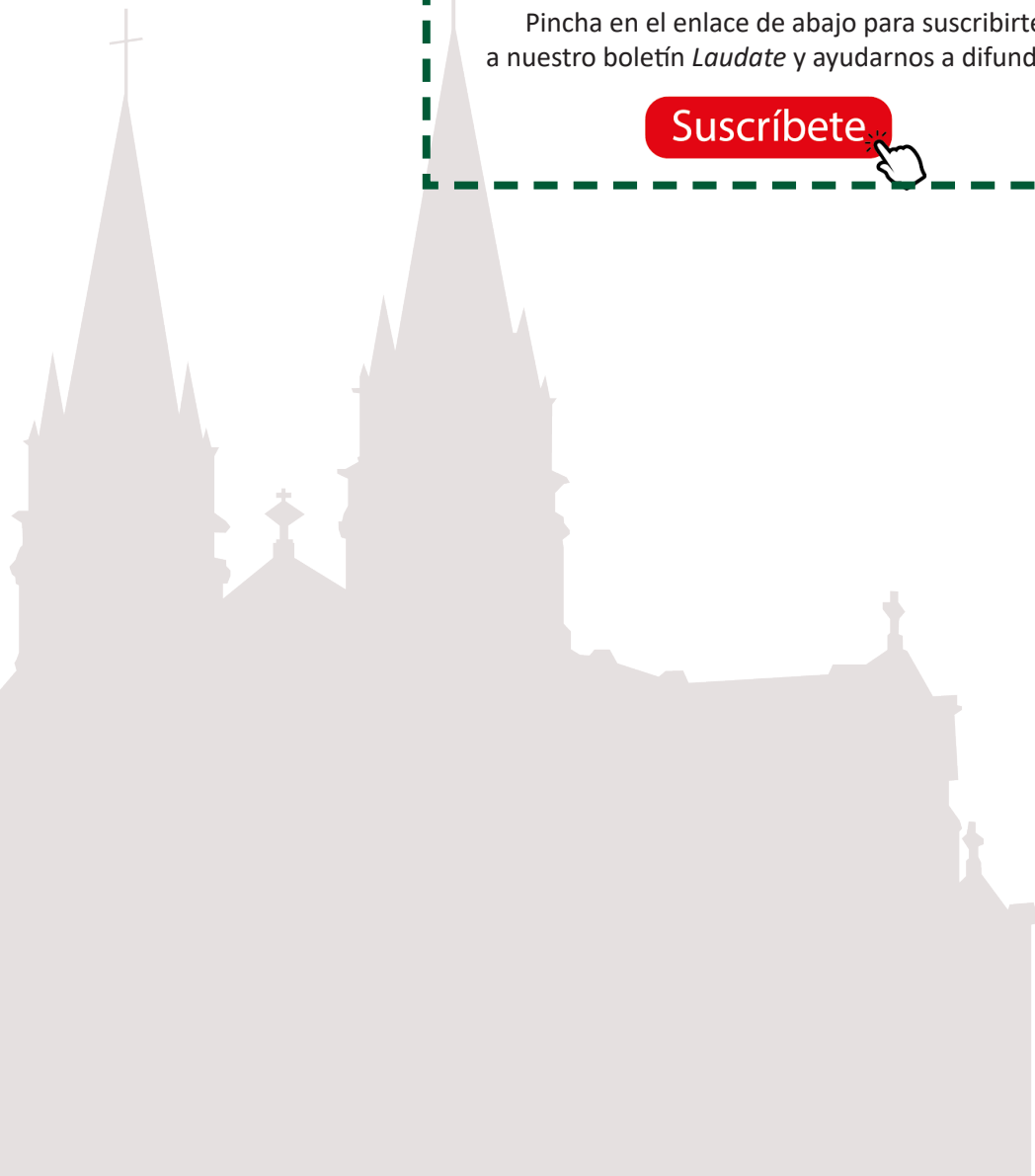


Fotografía grupal del retiro.

Durante el retiro hicimos el Vía Crucis bajo los luceros de la noche de San Calixto; meditamos la Pasión en las prédicas de nuestro querido D. Alberto, repletas de un castellano barroco maravilloso; y, finalmente, tuvimos la gracia de tener vela nocturna ante el Santísimo.

En el silencio de la noche, recordaba yo una de las anécdotas que ese día nos había predicado D. Alberto, fue una frase de Jesús a la terciaria franciscana santa Ángela de Foligno: *Ángela, yo no te he amado de broma*. Y es que en este retiro todo ha sido volver a lo esencial: contemplar el Corazón enamorado de Nuestro Señor que no se ahorró ningún trabajo ni padecimiento por nosotros.

Quiero agradecer la acogida de las carmelitas que allí viven tan alegres y tan sencillas; al ermitaño que las atiende, un hombre discreto y bueno; a nuestro hospedero, que tiene una receta de potaje tan buena que los que allí estábamos parecía que no hubiéramos comido nada en la vida; y, finalmente, a nuestro predicador, que nos va cogiendo cariño a pesar de nuestras pintas.



Suscríbete a nuestro boletín

Pincha en el enlace de abajo para suscribirte a nuestro boletín *Laudate* y ayudarnos a difundirlo.

[Suscríbete](#)